

Si la Democracia Cristiana estuviera en la oposición...

La Democracia Cristiana salvadoreña ha estado muchos años en la oposición. Puede decirse que desde su fundación hasta el 15 de octubre de 1979. Y sólo a principios del 80 entró por fin a ser el único partido en el poder, un poder —es cierto— compartido con el máximo partido salvadoreño: la Fuerza Armada. No hay duda de que su larga etapa en la oposición fue mucho más gloriosa que la actual en el poder. Sostuvo casi siempre posiciones estrictamente democráticas y anti-militaristas y luchó con coraje y buenos resultados contra el oficialismo imperante.

Esto hace que uno pueda suponer con fundamento qué es lo que pensaría y qué es lo que haría el PDC salvadoreño, si hoy siguiera en la oposición. Hacemos este pequeño ejercicio de análisis político para que el PDC oficial entienda mejor las actitudes de quienes hasta principios de 1980 fueron sus aliados, sus viejos aliados y también para que el PDC oficial haga un esfuerzo de desdoblamiento y se mire a sí mismo desde la oposición, desde lo que pensaría de la actual conducción política del país, si estuviera como partido en la oposición.

Ante todo, podría hacer un recuento de la situación. Vería un país en guerra civil con más de veinte mil muertos en año y medio, la mayor parte de ellos fruto amargo de la represión propiciada, permitida o no impedida por las autoridades y en definitiva, por el gobierno. Vería un país en manos de los norteamericanos que dictaminan incluso quién debe ser el presidente de la Junta cívico-militar, que con sus cerca de sesenta asesores militares —una décima parte de la oficialidad salvadoreña— llevan la voz dominante en la conducción de la guerra y en el adiestramiento del ejército. Vería un país con una situación económica desastrosa y que va a peor, que sólo

puede irse salvando a golpe de préstamos y dólares norteamericanos, lo cual sitúa a El Salvador en un grado de dependencia y de endeudamiento como nunca lo tuvo antes. Vería un Estado de Sitio que suprime las libertades democráticas y al que, después de un año del PDC en el gobierno se le ha añadido el Toque de Queda. Vería un país con una severa censura de prensa y, sobre todo, de radio, a la que no se le permite informar sobre los sucesos nacionales. Vería la Universidad Nacional cerrada hace más de un año, después de una cruenta intervención militar con saldo de muchos muertos y con el expolio de sus instalaciones. Vería a la mayor parte de la oposición, a sus antiguos compañeros de lucha, a muchos de sus propios correligionarios, a la mayor parte de socios en las candidaturas..., o muertos, o en el exilio, o en las listas de terroristas emanadas de la propia Fuerza Armada. Para qué seguir. Cuántas cosas más no vería la Democracia Cristiana desde la oposición.

Vería también un intento profundo de reforma agraria, generoso en su propósito inicial, pero que cada vez se ha ido recortando más y que ha sido acompañado de una fuerte represión y, sobre todo, de una gran selectividad en el reparto de las propiedades. Vería una legislación progresista respecto de la banca y del comercio exterior, pero cuyos resultados democratizadores no se ven todavía. Vería, sobre todo, un país que se apresta a preparar unas elecciones en condiciones que hasta la Federación de Asociación de Abogados de El Salvador considera absolutamente impropias.

Y al ver todo esto, ¿qué diría la Democracia Cristiana si estuviera en la oposición? Diría tantas cosas...

Diría que a pesar de las apariencias El Salva-

dor está regido últimamente por un gobierno estrictamente militarista, ante el cual el sector civil apenas tiene autoridad y poder. Un sector civil al que se le deja una cierta y cada vez menor autonomía en el campo de la economía y de la vida social, pero que carece absolutamente de poder en los puntos esenciales de lo que es hoy la vida política de El Salvador: la conducción de la lucha armada y de la represión. Ni siquiera el Presidente de la Junta es el Comandante General de la Fuerza Armada, sino que lo es un aparentemente subordinado vice-presidente del poder ejecutivo, en el orden de la doctrina constitucional.

Diría que la represión ha tomado características y volumen absolutamente intolerables y que habría que hacer cualquier cosa, hasta tomar medidas extremas, para acabar con ella. Diría que la represión es tal que deslegitima cualquier gobierno, al menos por incapacidad de controlarlo. Diría que ningún partido democrático podría dar su nombre y su respaldo a un gobierno, que no ha podido terminar en el plazo de un año con tal forma de represión. Que el poder por el poder no justifica éticamente nada, máxime cuando no se está más que aparentemente en el poder. Que tampoco justifica aquello de que sin mí todavía sería peor. El posible control a la represión está solamente en manos de Estados Unidos y ningún otro poder en el gobierno o fuera de él puede frenarla; sólo lo puede hacer Estados Unidos con la amenaza del cese de la ayuda económica y, sobre todo, de la ayuda militar.

Diría que la guerra civil ha alcanzado tales proporciones que es menester ponerle un freno, que es menester acabar lo antes posible con ella. Diría que es menester buscar una solución política, patrocinada por naciones e instituciones democráticas, en la que se reconociese la existencia de dos partes beligerantes y en la que se lograse una cierta forma de negociación.

Diría la Democracia Cristiana en la oposición que nunca había habido en El Salvador una intervención militar extranjera tan fuerte y continuada como la que hay ahora por parte de los norteamericanos. Que debería cesar ese descarado intervencionismo por lo que tiene de tal y por ser la causa de la prolongación del conflicto militar y del sangramiento del país; que no puede tomarse El Salvador como lugar de disputa bélica entre el Este y el Oeste; que lo que aquí sucede es que años de explotación y de opresión han posibilitado y legitimado la insurrección de un

pueblo, que vio cerrado tantas veces el proceso electoral; que son los salvadoreños quienes deben encontrar solución a los problemas salvadoreños sin intervencionismo extranjero.

Diría que hablar de elecciones y diálogos en circunstancias de guerra civil, cuando la oposición democrática vaga por la clandestinidad o por el exilio, es cosa de locos. Que no se puede tener elecciones bajo las balas; que no se puede malograr una vez más el proceso electoral, como lo ha sido siempre que en el poder han estado los militares. Diría que basta ya de engaños al pueblo y que más vale estar en una oposición digna que en un gobierno fraudulento. Diría que debe cesar el Estado de Sitio y el Toque de Queda, que debe haber libertad de expresión y de reunión para todos y no sólo para el partido en el poder, o para la UCS, o la Cámara de Comercio.

Diría que antes de seguir adelante deberían aclararse los crímenes de Monseñor Romero, de Mario Zamora, de Melvin Orellana, de los alcaldes demócratas cristianos, de los once sacerdotes y las cuatro religiosas, de los dirigentes del FDR, de las decenas de profesores de ANDES, del Rector de la Nacional, de la persecución a la Iglesia, de tanto desaparecido con nombre y señas particulares...

Diría que es un escándalo el que la Universidad Nacional lleve cerrada más de un año entero, después de haber prometido su apertura; que ese cierre y su continuación es un buen termómetro para medir la temperatura democrática del país. Diría que es un insulto a la situación universitaria del país el permitir la apertura de más de diez universidades en un año para paliar la necesidad de la Universidad Nacional; que ese es un modelo de lo mal que se resuelven los problemas reales del país...

Tantas cosas que diría la Democracia Cristiana, si estuviera en la oposición. Pero como no está en la oposición, sino que, después de estar tantos años injustamente en la oposición hace un año que está injustamente en el poder, no dice nada de esto. Mejor dicho, sus mejores miembros lo siguen diciendo. Pero es que sus mejores miembros se han quedado en la oposición o se han pasado a ella por fidelidad a su larga tradición democrática, por exigencia de lo que supone una inspiración cristiana. Los que por fin han llegado al poder, un poder que no viene de las urnas ni del consenso tácito de la población sino de un pacto con los militares, no dicen nada de esto. Lo

callan y, lo que es peor, son responsables de que todas estas cosas sucedan. Triste final de un partido glorioso. Ha vendido por un plato de frijoles su primogenitura democrática; ha terminado con su historia política. Tal vez, si se dan elecciones en marzo, las gane. ¿Y qué? ¿Para qué servirán esas elecciones? También el General Romero y los suyos ofrecían diálogo y elecciones, incluso

con supervisión de la OEA. La Democracia Cristiana, entonces en la oposición, no aceptó la trampa. Hoy la admite y aun la propone con un Consejo Central de Elecciones, al que sólo aceptan pertenecer sus partidarios o sus amigos.

Si la Democracia Cristiana estuviera en la oposición... Todavía está a tiempo.

E.B.

